

CAPITULO XXI.

Antes de partir.

Eran las ocho de la mañana del siguiente día en que tuvo lugar la corrida de toros en que Duval fué sacado de la plaza por dos hombres que corrieron en su auxilio.

Una jóven, vestida con un sencillo, pero elegante traje, amarillo claro, permanecía sentada junto á una ventana baja, de altas rejas, que daba á una de las calles principales de Texcoco. A su lado tenia una preciosa jálula, dentro de la cual se encontraba un lindo y manso canario que se entretenia en acariciar.

Esta jóven era Clotilde.

En su melancólico y pálido semblante, están impresas las tristes tintas que imprime esa afeccion profunda del corazón, que destruye lentamente la existencia de los que aman con toda el alma y ven contrariado su amor por invencibles obstáculos.

Clotilde estaba hermosa con aquella palidez y con aquella dulce tristeza que le consumia.

Era una bellísima flor, privada de los fecundantes rayos del sol, que languidecia en las sombras del retiro y de la soledad.

Temiendo por su vida, la habian llevado á respirar las brisas salutíferas de Texcoco; pero el ambiente que su amorosa alma necesitaba, era el que se desprende de la voz del objeto amado.

Por eso la presencia de Leopoldo el día anterior en la concurrida plaza, le habia reanimado, como reanima á las nacientes flores el vivificante calor del astro rey del día; y por eso ahora que sabe que va á ausentarse, se inclina triste y afligida, como la blanca azucena sobre el tallo, al ocultarse el sol.

Se habia colocado allí para ver pasar á su inolvidable Leopoldo, que en aquel instante debia salir de la ciudad para dirigirse á México, donde le esperaba impaciente y cuidadosa su anciana madre.

Así al menos se lo habia asegurado por la noche á la hora de la cita.

Clotilde, por lo mismo, estaba triste.

Conocia que su amante debia cumplir con la obligacion sagrada que impone el deber filial, y sin embargo, no podia conformarse con su ausencia.

Cierto es que para aquel mismo dia habia dispuesto D. Emilio, con objeto de que se distrajese y divirtiera, un espléndido banquete de familia en el delicioso "Molino de Flores;" pero, ¿cómo podria gozar ella, cuando le faltaba el sol de su existencia, cuando estaba separada de la luz de su esperanza?

Por fortuna aquella natural y amorosa pena venia á embalsamarla un recuerdo reciente y dulcísimo que tenia de su amante. Un objeto que hacia pocos instantes habia recibido de su parte: una prenda parlante

que le aseguraba de su amor y de su fidelidad.

Y esta prenda querida, este objeto de inapreciable valor para ella, era aquel lindo canario que acariciaba tiernamente, y que Leopoldo la envió, valiéndose de un criado de Pablo, en cuya casa se hospedó con Nuñez al llegar, por haber llevado recomendacion para el leal *ranchero*.

Como hemos visto ya en uno de nuestros anteriores capítulos, á Clotilde se le habia privado de los bellísimos cuadros hechos por Leopoldo, por haberlo dispuesto así el doctor Willey, con pretexto de que era preciso, en obsequio de la salud, quitar de su vista los objetos que pudiesen afectar su sensible corazon.

Por eso ahora que ha recibido aquel presente del hombre que idolatra, lo contempla con profundo cariño y lo acaricia, como un objeto que le hablaba á todas horas de su amor.

Y aquel objeto no se lo arrebatarian como le habiau arrebatado los parlantes cua-

dro, porque nadie sabia que era una memoria de Leopoldo.

Sí, nadie podia sospechar que aquel era un recuerdo del sér cuya memoria no se apartaba un solo instante de su mente, pues para alejar toda sospecha habia dicho á D. Emilio que lo habia comprado á un indio que pasaba por la calle.

Clotilde, pues, se creia feliz con aquel presente que reemplazaba el lugar á los bellísimos cuadros de que le habian privado.

¿Y cómo no creerse dichosa, cuando en aquella cariñosa avecilla que agitaba sus doradas alas, leía todo el amor que se encerraba en el firme corazón de Leopoldo?

No solamente en las flores, en las plantas, los árboles, las frutas, las piedras y los colores encontraban aquellos dos tiernos amantes la misteriosa manera de expresar los puros sentimientos del alma, sino que tambien tenian en las aves, en los peces y en todo cuanto ostenta la naturaleza, el libro interminable en donde revelar sus mas íntimos afectos.

Leopoldo tenia que ausentarse de Tex-

coco para volar al lado de su anciana madre, y antes de abandonar el pueblo en que dejaba al sér que idolatraba, quiso dejarle una prueba patente de que nunca la olvidaria.

Y Clotilde recibió aquel presente con el afán y placer con que reciben las flores el benéfico rocío que las reanima.

Porque en él le manifestaba el hombre que hizo latir su corazón de amor, cuanto podia apeteecer el alma apasionada de la jóven.

Clotilde sabia que el canario simboliza la constancia y la galantería, y que regalado á una dama, entraña estas dulcísimas palabras: "*te amo y te amaré durante mi ausencia;*" y si la obsequiada le enviaba en cambio una cinta verde, le contesta: "*tened esperanza en mi constancia y fé.*"

Clotilde, pues, tenia una nueva prenda de inestimable precio para un amante; prenda que podia acariciar continuamente delante de todos, sin que nadie comprendiese que leía en ella los mas tiernos juramentos de su amante.

Al recibir aquel obsequio, que envolvía un poema de dulces protestas de amor y de constancia, la jóven no descuidó ni por un instante en corresponder dignamente á la demostracion amorosa de Leopoldo, y tomando de su aromático costurero una brillante cinta verde, se la envió á su amante envuelta en un perfumado papel, expresándole con ella el dulcísimo concepto que hemos dicho: "*tened esperanza en mi constancia y fé.*"

Clotilde tenia fijos los ojos en la tierna avecilla, y el pensamiento en Leopoldo.

No habia ninguna otra persona á su lado, y por lo mismo podia entregarse á sus dulces reflexiones amorosas.

De repente oyó el ruido de pasos de caballos que se acercaban por la calle.

La jóven dirigió la vista hácia el sitio en que aquel se escuchaba, y un vuelco dióle el corazon dentro del pecho.

Eran dos arrogantes corceles, sobre los cuales venian montados gallardamente Leopoldo y Nuñez.

Clotilde, cuyo corazon saltaba de placer

y de temor dentro del pecho, se dispuso para hablar á su amante un momento y darle el triste adios de despedida.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de la pieza en que estaba la jóven, y se presentó D. Emilio en el umbral.

La hermosa hizo un movimiento de sorpresa, se puso pálida como un marchito lirio, y volvió asustada la vista hácia su protector, creyendo que así evitaria que llegase á ver á Leopoldo.

Don Emilio quedó un instante en el umbral, dudando salir á la sala ó volver á entrar, como acontece cuando se nos ha olvidado alguna cosa.

El paso de los caballos, entre tanto, se oía mas cerca.

Clotilde estaba temblando.

Don Emilio dirigió la vista hácia la calle al escuchar el paso de los corceles.

Pero aun no llegaban enfrente de la habitacion.

La jóven padecia horriblemente, porque temia que sospechase su protector que ha-

bia salido á la ventana para hablar á su amante.

Leopoldo y Nuñez estaban ya á dos pasos de la casa.

Las sombras de ellos se dibujaban ya en la ventana.

Don Emilio dió un paso hácia la sala.

Clotilde palideció.

Pero en el mismo instante volvió su protector el rostro hácia la puerta por donde se habia presentado, y desapareció por ella sin pronunciar palabra ni advertir nada.

Clotilde respiró con libertad.

En aquel momento Leopoldo, acompañado de su leal amigo, llegaba enfrente á la ventana.

Sus ojos y los de la hermosa Clotilde se enviaron una de esas miradas que expresan todo el amor que cabe en el alma.

Leopoldo sintió inundarse de dicha su corazón al fijar la vista en el color del vestido de su amada, y ésta gozó de la satisfacción mas pura al ver colocado sobre la ancha ala del sombrero jarano de su aman-

te, un precioso ramito de flores de yedra entre verde musgo.

¿Por qué?

¿Qué le expresaba en aquel color que ostentaba su vestido, y él en el ramito con que adornaba su sombrero?

¡Ah! ella le decia en el color amarillo claro de su trage, estas dulcísimas palabras: "*te amo con todas las veras de mi corazón;*" y él la expresaba este concepto en el ramito de flores de yedra entre verde musgo: "*mi amor es constante.*"

¿Y pueden desear mas dos seres que se idolatran con todas sus potencias?

Leopoldo, satisfecho con aquella protesta de amor del ángel de su ventura, y temiendo que le sorprendiesen si se aproximaba á hablarla, saludó afectuosamente, y dirijiéndola una mirada en que le enviaba todo el amor de su alma, se alejó con Nuñez, volviendo con frecuencia la cabeza para ver á su amada que le siguió con la vista hasta que haciendo otro saludo desapareció al torcer la esquina de una calle.

—¡Ah! ¡soy el mas feliz de los hombres con su amor!—Exclamó Leopoldo al perder de vista á Clotilde.—¡Es la mujer mas tierna y leal del mundo! y sin embargo temo....

—¿Por qué?

—Temo por ese Duval que ha jurado oponerse á mi felicidad.

—Si vd. le hubiera dejado morir ayer tarde en las astas del toro....

—¡Oh! no: eso hubiera sido un crimen: yo debí salvarle por muy ofendido que estuviese, y le salvé.

—Tiene vd. razon: igual cosa hubiera hecho yo.

—¿Y dice vd. que está enteramente bueno?

—Como que dentro de poco irá al dia de campo que ha dispuesto D. Emilio en el Molino de Flores. Todo no fué mas que el golpe que le privó del sentido, pero que pasó en un momento.

—¡Oh! le suplicó á vd., Nuñez, que vaya tambien al Molino de Flores. Temo todo de ese Duval, y quiero llevar el consuelo de que vd. queda velando por Clotilde.

—Se lo prometo á vd.

—Yo me quedaria; pero mi anciana madre se moriria de tristeza si estuviese mas tiempo ausente de su lado.

—No: vaya vd. á cumplir con los deberes de buen hijo, que yo me quedo aquí para cumplir con los de leal amigo.

—Y si viese vd. que la enfermedad de Clotilde, esa afeccion del pecho, originada por la intensa pasion con que corresponde al mio, toma creces y dimensiones aun mas alarmantes que las que hoy presenta, avísemelo vd., amigo mio, avísemolo vd. para que al menos pueda tener la dicha de estar en el mismo pueblo donde ella padece.

—Lo haré así.

—Esas enfermedades del corazon no postran en el lecho; pero acaban lentamente con la vida, y yo temo por la de Clotilde, que tan en peligro la veo.

—Pues yo tengo fè en que recobrará su salud, y que Dios premiará tantos sufrimientos.

—Eso seria para mí encontrar en el mundo las delicias de la gloria.

En esta conversacion llegaron hasta fuera de la poblacion.

Allí se detuvieron los dos amigos para despedirse.

Leopoldo volvió á encargarle á Nuñez que velase por la seguridad de Clotilde, y despues de darle la mano con el afecto mas íntimo de gratitud, tomó el camino con direccion á México, y Nuñez retrocedió á Texcoco.

En aquellos mismos instantes, D. Emilio que, como hemos visto, habia marchado de la sala sin haber pasado del umbral de la puerta, se presentó de nuevo en la sala, y dirigiéndose á Clotilde, le dijo:

—Se me habia olvidado mandar preparar algunas cosas, y por eso marché antes sin hablarte.

—¿Y ha dado vd. todas las instrucciones á los criados?

—Todas, y solo falta que tú te dispongas para que partamos lo mas temprano posible.

—Yo estoy pronta para salir cuando vd. disponga.

—¿Y te sientes mejor, hija mia?

Le dijo D. Emilio acariciando entre sus manos la de su tierna protegida.

—Sí, querido padre.

—¡Oh! sí: en tu fisonomía veo mas animacion.... mas alegría.... ¡Y cuánto me alegro de ese feliz cambio! ¡Ah! estoy seguro de que la vista del Molino de Flores y el aire puro que allí se aspira, le volverá la dulce respiracion á tu pecho, y la alegría á mi corazon y al de Inés.

—Lo deseo para tener la dicha de ver á vdes. tranquilos.

—Y confio en que lo estaremos, porque desde que llegamos á Texcoco, se advierte en tu salud una notable mejoría: tu tos, esa funesta tos que nos alarma, ha sido menos continua, y ha estado acompañada de menos cantidad de sangre.

—Con efecto, he sentido algun alivio.

—En las enfermedades, el ligero alivio es el preludio del recobro total de la salud. Los males, hija mia, se presentan de repente como las tempestades, y una ligera estrella que despues aparece entre las ne-

gras nubes, es el feliz anuncio de un sereno cielo.

Clotilde conocia perfectamente que lo que su protector atribuía á la influencia del clima y de los aires de Texcoco, no era sino los efectos causados por la satisfaccion del alma.

La vista de Leopoldo y sus juramentos de amor habian reanimado su espíritu abatido; pero juzgó que era conveniente mantener á D. Emilio en el error de conceder al clima los buenos resultados operados en su salud, y apoyó su idea.

—Ya ves si hacias mal en resistirte, hija mia, á este viaje dispuesto por el entendido doctor Willey.

—¡Qué quiere vd! ¡Me gustan tanto el retiro y la soledad!

—Retiro y soledad que te mataban; pero aquí es preciso que hagas ejercicio, que te distraigas, y para empezar, iremos dentro de un instante, al Molino de Flores.

—Cuando vd. guste, padre mio.

—Voy á ver si ya está dispuesta Inés, y á

ordenar que esté listo el coche. Adios, hija mia, no tardo en volver.

Y D. Emilio, despues de acariciar una de las manos de la jóven entre las suyas, salió de la sala para dar sus órdenes de marcha.

Clotilde agradecia con todas las veras de su alma todo aquello que se hacia única mente por ella, por distraerla, por volverla la salud, y solo por corresponder á las pruebas de cariño de su protector, se prestaba á abandonar su soledad y su retiro.

Era un sacrificio el que hacia; pero aquel sacrificio era el único precio con que podia pagar la deuda de tantos cuidados y favores como le habian dispensado desde la infancia.

Media hora despues de haber salido D. Emilio á dar sus órdenes para el viaje, todo estaba dispuesto, y el coche tirado por cuatro caballos, estaba esperando en la puerta de la calle.

Una criada entró á decir á Clotilde que la esperaban, y la jóven, encargando el cuidado de la tierna avecilla en que veía la

manifestacion de la constancia de Leopoldo en su ausencia, y despues de acariciarla conmovida, salió tristemente, enviándole desde la puerta su última mirada.

Pasado un instante, Inés y la hermosa Clotilde entraban en el carruaje.

Don Emilio, Duval, el doctor Willey y algunos criados, montados en briosos corceles, se colocaron detras del coche para custodiarlo.

Poco despues el carruaje partió hácia el Molino de Flores, seguido de las personas que dejamos indicadas.

CAPITULO XXII.

El Molino de Flores.

A distancia de legua y media de la ciudad de Texcoco, rica en históricos recuerdos y émula digna de la antigua Atenas, en medio de alegres y pintorescas colinas, que parecen desvanecerse en el horizonte dulce y suavemente proyectando caprichosas y flotantes nubes de brillante esmeralda, se encuentra reclinado, á la sombra de copudos y elevados fresnos, como una amorosa y tímida gacela que busca en la verde espesura de los bosques su reposo, el risueño y poético Molino de Flores, encerra-